

ANTONIO GARCIA VERDUCH



Carta a mis amigos vascos

Carta a mis amigos vascos. De algunos de mis amigos vascos conozco su nombre.

De otros muchos, muchísimos, ni siquiera lo conozco. Solamente sé que son vascos, y eso me basta para considerarlos amigos.

Así pienso ahora y así he pensado desde que tengo uso de razón. Para mí, entrar en el País Vasco era entrar en el santuario de la reciedumbre, de la laboriosidad, de la hombría de bien, de la seriedad y de la honradez. Allí he encontrado siempre gente fiable, proba e ilusionada con su quehacer. He encontrado gente imaginativa y capacitada, dispuesta a embarcarse en grandes empresas y a triunfar en ellas. He encontrado gentes abiertas al mundo entero, que han sabido proyectar sus creaciones y sus empresas a través de todos los continentes y de todos los mares.

En el País Vasco he conocido gentes de vieja raigambre, y otras, de asentamiento más reciente, venidas de muchos otros lugares de España, que allí se han radicado para compartir el trabajo y el pan. Todas ellas -en armonía y en paz- vivían con ilusión un presente próspero y un futuro prometedor, y tanto unas como otras, siempre encontraban tiempo libre para fundirse en alegre y sana camaradería, y para disfrutar a tope de sus fiestas. Antes, esas gentes vivían en paz y tenían de todo, menos profetas.

¿Quién no se ha deleitado alguna vez, o muchas veces, escuchando las masas cora-

les vascas, cuando interpretan la música de su pueblo, una música de ecos dulces y nostálgicos, arrancados de lo más profundo del alma?. Sus voces corales, moduladas con sentimiento y ternura, no pueden salir más que de pechos nobles.

Hoy estaba escuchando esa música, cuando súbitamente me ha asaltado un triste pensamiento ¿Sería imaginable que en la mano de alguno de esos cantores hubiese una pistola asesina?. No, eso es imposible. La gente que siente y canta así no puede pensar en pistolas, ni en luchas, ni en guerras.

La gente vasca, genuinamente vasca, grande de espíritu, tiene unas virtudes que le impiden albergar instintos asesinos, y aquellos que, por desgracia los albergan, son pobres víctimas de los agentes explotadores del odio.

Nosotros, los restantes españoles, que hemos compartido con el pueblo vasco una secular historia común, y que lo apreciamos de veras y nos honramos con su compañía, no comprendemos por qué ahora somos mirados de reojo y tenidos por enemigos.

Nuestros brazos y nuestros corazones están ahora tan abiertos a él como lo estuvieron siempre, y queremos seguir compartiendo el pan y el trabajo, las alegrías y las penas, el jolgorio de las fiestas y la responsabilidad de las empresas en común.

Nosotros, los restantes españoles, vemos con profunda preocupación las actitudes abiertamente hostiles de los nuevos profetas que cabalgan airoso sobre el pueblo vasco,

pero mantenemos intactos nuestros inalterables sentimientos de respeto y afecto hacia sus gentes.

Desde estas tierras valencianas, que me vieron nacer, expreso mi deseo de que nos acompañen a presenciar nuestras "mascletàs" y a disfrutar de su estruendo y del denso olor a pólvora, que tanto deleitan al alma mora. Así verán lo que es un estruendo de paz, muy distinto al de los tiros en la nuca o de los coches-bomba.

Queremos que unan su bullicio al nuestro en las múltiples fiestas patronales de esta Comunidad Valenciana, y queremos también que vengan a aspirar el aroma de nuestros naranjales en flor, y a recrear su vista con el espectáculo de los frutales floridos.

Deseamos, asimismo, que vengan a compartir el perfume y el aire tibio de nuestras noches veraniegas estrelladas.

No queremos, sin embargo, que -en nombre de los nuevos profetas vascos- vengan comandos asesinos a perturbar la paz de nuestras tierras. Ofrecemos brazos abiertos para recibir al genuino pueblo vasco, pero afirmamos nuestra repulsa más rotunda a su oficialismo profético iluminado.

Amigos míos, hermanos. Nosotros los valencianos comprendemos muy bien vuestro problema étnico, porque nuestra tierra es también tierra de confrontación étnica. Aquí convivimos moros y cristianos desde hace siglos, y durante esa larga convivencia hemos aprendido a olvidar los viejos agravios.

Nuestro enfrentamiento se reduce ahora a unas celebraciones festivas, revestidas de gran boato, que se hacen una vez al año. Cuando llegan esas fiestas, los que tienen un determinado RH se encasquetan un turbante en la cabeza, y los que tienen otro RH se visten con casco y coraza y, después de desfilar juntos, realizan una vistosa y estruendosa guerra de salón, que es aplaudida por el público. Al día siguiente, se guarda el enfrentamiento étnico en el cajón del olvido, y la gente se dispone a trabajar y a vivir en paz durante todo el año.

Nuestras celebraciones étnicas no se realizan en explanadas, ni en palacios de deportes, y en ellas no hay oradores enfebrecidos por el odio, que aprietan en sus puños crispados haces de rayos fulgurantes,

y que arengan a las masas para entrar en combate.

Tal como vemos las cosas desde aquí, actuar de ese modo es adentrarse en un feo camino que puede conducir a lugares horribles, y no a bellos paraísos idílicos iluminados por la aurora. Las histerias políticas suelen ser presagio de sangre.

¿Por qué, vosotros, hermanos nuestros, no corréis a gorrazos a quienes se empeñan en hacer guerras de verdad, y seguís nuestro modelo pacífico; de disfraces, de tracas y de fuegos de artificios?

Seguid mi consejo. Solicitad una beca y venid a aprender nuestro modo de hacer guerras étnicas. Además aprenderéis a ver la historia como historia y la vida como vida, que es la clave para desenredar muchos líos.

1987